

# DEL ALTIPLANO AL DESIERTO

*Construcción de espacios y gestación  
de un conflicto.*

*Bolivia, Chile y Perú en el siglo XIX*

EDUARDO CAVIERES F.  
EDITOR

ESTHER AILLÓN S.  
FERNANDO CAJÍAS DE LA VEGA  
JAIME ROSENBLITT B.  
CARLOS DONOSO R.  
MARCELO SOMARRIVA Q.  
CLAUDIO LLANOS R.  
LUIS CASTRO C.



VICE RECTORÍA  
DE INVESTIGACIÓN Y  
ESTUDIOS AVANZADOS



EDICIONES  
UNIVERSITARIAS  
DE VALPARAÍSO

PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE VALPARAÍSO

© Eduardo Cavieres Figueroa, Editor. 2007  
Registro de Propiedad Intelectual Núm. 164.472  
ISBN 978-956-17-0403-9

Tirada de 300 ejemplares

Ediciones Universitarias de Valparaíso  
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso  
Calle 12 de Febrero 187 - Casilla 1415  
Valparaíso - Chile  
Fono (56-32) 227 3087 / Fax (56-32) 227 3429  
euvs@ucv.cl / www.euv.cl

Diseño Gráfico: Guido Olivares S.  
Asistente de Diseño: Mauricio Guerra P.  
Asistente de Diagramación: Alejandra Larraín R.  
Corrección de Pruebas: Osvaldo Oliva P.

Registro Conferencias: María Isabel Arriagada  
Colaboración Editor: Claudio Llanos

Impresión: Cipod, Santiago

HECHO EN CHILE



## ÍNDICE

<b>PRESENTACIÓN</b> .....	7
---------------------------	---

### ESTUDIOS

LA CONSTRUCCIÓN DE LOS ESPACIOS: SIGNIFICACIONES ECONÓMICAS Y CONFLICTOS NACIONALES: BOLIVIA, CHILE Y PERÚ, 1780-1840 EDUARDO CAVIERES F. ....	17
---	----

EN TORNO A LA DESESTRUCTURACIÓN DEL ESPACIO COLONIAL ANDINO: BOLIVIA 1825 - 1850 ESTHER AILLÓN S. ....	41
--	----

LA POSESIÓN DE ATACAMA Y LA HABILITACIÓN DEL PUERTO DE COBIJA, 1824-1845* FERNANDO CAJÍAS DE LA VEGA .....	83
--	----

### CONSIDERACIONES Y DEBATES

ECONOMÍA Y SOCIEDAD EN LA REGIÓN ARICA - ALTO PERÚ DURANTE LA TRANSICIÓN COLONIA - REPÚBLICA JAIME ROSENBLITT B. ....	137
---	-----

LA RELACIÓN ENTRE EL ALTO PERÚ Y TARAPACÁ DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL S. XIX Y SUS PROYECCIONES CARLOS DONOSO R. ....	161
--	-----

IMPERIALISMO, COLONIALISMO Y DESCRIPCIONES GEOGRÁFICAS. CHILE Y BOLIVIA EN LA MIRADA GEOGRÁFICA IMPERIAL BRITÁNICA. 1831 - 1892 CLAUDIO LLANOS R. ....	187
D'ORBIGNY Y OTROS VIAJEROS POR EL ALTO PERÚ DE COMIENZOS DEL S. XIX MARCELO SOMARRIVA Q. ....	209
EL NORTE DE CHILE Y LOS ESPACIOS SUBREGIONALES EN LA SEGUNDA MITAD DEL S. XIX Y COMIENZOS DEL S. XX LUIS CASTRO C.....	245
NOTAS SOBRE LOS AUTORES .....	269
REFERENCIAS ICONOGRÁFICAS .....	273



## PRESENTACION

*En busca de los tiempos perdidos: desatando un nudo gordiano.*

Durante mucho tiempo, hemos tenido una cronología de los tiempos americanos y nacionales que cada vez muestra más debilidades y no logra satisfacer los requerimientos de una comprensión de mayor largo plazo (la de la larga duración) que exigen las permanencias de situaciones del pasado que entranpan definiciones y nuevas relaciones entre países vecinos que, después de doscientos años no han logrado superar estructuras internas desiguales, ni alcanzar estados de modernidad generales para toda la sociedad ni, menos aún, promover standares de vida que están en los cientos de discursos pronunciados a través del tiempo, pero que siguen muy lejanos a las realidades concretas de la vida cotidiana. Sin embargo, sin haber sido exitosos en la solución de los problemas socio-económicos y culturales básicos, se sigue confiando en el peso de ciertas tradiciones entre las cuales destacan precisamente las guerras entre vecinos y, lo que es más dramático y fuera de toda lógica, es que son demasiados aún quienes no verían con malos ojos nuevos enfrentamientos con la dudosa interpretación de que se trata de defender las victorias del pasado o, por el contrario, de saldar la cuentas pendientes que quedaron del mismo. Por cierto, dentro del contexto latinoamericano, la Guerra del Pacífico es la que mayor peso específico sigue conservando y ello se debe, entre otras causas, a que Bolivia, Chile y Perú nunca promovieron una real política de Estado para asumir las responsabilidades cometidas y acometer una verdadera nueva integración, que no dependa de ciertos gobiernos y personalidades de turno sino de una verda-

dera responsabilidad histórica que impida volver a cometer errores de los cuales no siempre los que deciden se llevan las cargas del tiempo dejándolas en manos de las generaciones que les siguen.

Una de las causas principales por la que suceden estas situaciones tienen que ver con la persistencia de una mirada histórica enemiga de estudiar procesos y siempre proclive, por el contrario, a ver situaciones parcializadas a partir de momentos específicos y, a lo más, de entregar todas sus confianzas a las causas y efectos inmediatos. Una actitud cortoplacista y simplificadora de la historia. ¿Quién puede negar la importancia de los movimientos revolucionarios independentistas? No sé quién tendría argumentaciones valederas para hacerlo, pero tampoco se puede decir que un Acta de declaración de Independencia haya cambiado absolutamente la historia. Se confunden, muchas veces, el valor de los acontecimientos y de los rituales con la significación efectiva y concreta de los mismos. Bajo iguales términos de indagación, ¿se podría pensar que la Guerra del Pacífico fue un trágico conflicto puramente coyuntural y que, por sí sólo, única y exclusivamente, explicaría todos los desarrollos nacionales posteriores? Si fuese así, por lo menos en el caso chileno deberíamos todavía de estar gozando de una época de prosperidad generalizada para todos los grupos sociales, lo cual, como es bien sabido, nunca ocurrió. Por lo demás, sin la Guerra del Pacífico, ¿cuál fue el efecto social del boom del estaño boliviano, del cobre chileno o del guano peruano? Aún cuando se trate de momentos diferentes, los procesos han sido bastante similares. ¿Porqué el salitre tendría que ser el único y exclusivo referente que pudo haber posibilitado el crecimiento y desarrollo permanente de los Estados involucrados?. No lo hizo desde el punto de vista del vencedor y no hay absolutamente ninguna garantía de que sí lo hubiese hecho si la suerte de los vencidos hubiese sido diferente. El hecho de que la Guerra alcanzase el carácter de guerra nacional en su transcurso o después de finalizada, no significa que se pueda soslayar que, en principio, fue fundamentalmente un conflicto de Estado.

La historia, como proceso, no sólo es de mayor duración, sino también lo es más compleja e involucra a un número mayor de actores y de materias contingentes. Esta situación implica retrotraerse en el tiempo y romper, en algunos términos, con el brusco y poco comprensible relato de los hechos y motivaciones unidimensionales o unicasales que pone el acento sólo en

los gobiernos de turno y olvida la complejidad, e incluso la circularidad de las causas. Es cierto que, hacia 1880, los Estados nacionales gozaban ya de legitimidad y su política era síntesis de todo lo que había venido ocurriendo, situación que igualmente ponía a los gobernantes en un rol y en una posición que sólo se puede entender dentro de las circunstancias de la época y en el contexto en que se fueron generando dichas circunstancias.

Los lineamientos en que se basa nuestro pensamiento sobre el particular, parten cronológicamente a fines de la época colonial, específicamente con la puesta en marcha de las medidas políticas-administrativas de las reformas borbónicas, en particular con el reordenamiento espacial en el Cono Sur a partir de la creación del Virreynato de Buenos Aires que segregó territorios de algunas jurisdicciones consolidadas ya en el tiempo, las dividió y las agregó a nuevas administraciones que los nuevos criterios de organización imponían. Si hubo un eje pleno de importancia en las redes económicas, sociales y culturales y que experimentó profundas transformaciones en las relaciones del poder local y entre éstas con los dominios mayores, ese fue la llamativa y dinámica Audiencia de Charcas, una verdadera bisagra en la que se van a entrecruzar confusamente anhelos de amistad y de conflictos nacionales del Perú, Bolivia, Argentina y Chile. El estudio de los procesos que se pueden ejemplificar en Charcas lo insertamos en la historiografía de los espacios coloniales que ha venido desarrollándose, con ciertas intermitencias, desde los años 1960 y que, en nuestro caso, marca la experiencia histórica de la desintegración de espacios regionales coloniales y la conformación de los territorios de los nuevos Estados nacionales. Obviamente, si este hubiese sido un proceso ordenado y con consideraciones hacia lo que históricamente allí había venido sucediendo, las cosas podrían haber sido muy diferentes, pero en el acontecer real, la historia no ha mostrado precisamente ese orden ni tampoco esa cierta lógica que se observa cuando se le mira retrospectivamente.

De hecho, los tiempos de las guerras de independencia fueron doblemente confusos ya que, precisamente, la propia reorganización de los espacios que se venía produciendo a fines del período colonial provocó una serie de cambios en los recorridos de los hombres y con ellos en las formas de relacionarse política, económica, social y culturalmente. La historia local, y la pequeña historia regional experimentaron cambios notables. Muchos de

los nuevos hombres de poder, no tenían trayectoria, ni experiencia, ni vinculaciones con los centros superiores y por ello en el nuevo escenario que se vislumbraba después de los sucesos franceses y las Cortes de Cádiz, no se tenía clara certidumbre acerca de sus lealtades ni de sus comprensiones acerca de lo que venía. No es desconocido el importante número de personajes que enrolados en el ejército realista terminaron defendiendo los uniformes patriotas, pero en ese sentido, igualmente deben tomarse en cuenta la falta de claridad entre los propósitos nacionales propiamente tales y aquellos provenientes de los intereses locales y regionales que estaban representados en los hombres con influencias en los gobiernos centrales. En este sentido, es notorio que el caso boliviano fue particularmente interesante, no sólo por lo ambiguo que resultaba el término de altiplano peruano-boliviano, sino igualmente por la dualidad Bolívar-Sucre y posteriormente por los difíciles caminos de las relaciones políticas con Perú muy entremezcladas igualmente por problemas de demarcaciones territoriales. De hecho, la década de 1820 y luego los años de la primera confederación, fueron vitales para una salida real y efectiva de Bolivia al mar, y prácticamente tiempos perdidos en lo referente a su opción por Arica que había sido y siguió siendo su puerto de hecho. No se puede afirmar que antes de la Guerra del Pacífico Bolivia no haya tenido puerto propio, pero Cobija nunca satisfizo sus reales necesidades y fue más bien una salida de mala política para los intereses bolivianos.

Por otra parte, es igualmente importante considerar el comercio colonial. Fue desde el pequeño comercio que se fueron fijando rutas y circuitos comerciales y sociales que posibilitaron no sólo transacciones comerciales y toda la gama de efectos a que ellos dan lugar, sino también la conformación de todo un espacio altiplánico con un grado de identidad regional importante y con vinculaciones sociales a todo nivel que, en muchos casos, se transformaron en nexos fundamentales en la vida social de un gran espacio regional que bien pudo tener otras proyecciones en la vida de los nuevos Estados independientes. Es cierto que detrás de la capital virreynal limeña o de la capital santiaguina de la gobernación chilena hubo otros centros que posibilitaron efectivamente el funcionamiento de la economía colonial interna y que, a nivel local, podríamos pensar sin lugar a dudas en la misma La Paz, Chuquisaca, indudablemente en Potosí ciudad, también

en Arequipa y en Arica, pero igualmente importante son todos los puntos menores y las economías locales que posibilitaban una articulación significativa dentro de los planos mayores del sistema. Cuando se piensa en la formación de las economías nacionales, desarrolladas a través de decisiones pragmáticas y poco románticas, estos espacios, como está dicho, en proceso de desintegración a partir de las reformas borbónicas, no pudieron volver a sus funciones anteriores y en gran parte siguieron en el mismo proceso de desintegración.

Queda mucho por estudiar, pero más notoriamente mucho de conocimientos por integrar. La historiografía regional del noroeste argentino es importante, pero para el lado del Pacífico no bien considerada. Más aún, de los testimonios de época, *El lazarillo de ciegos caminantes*, Concolorcorvo, es una clara ilustración del dinamismo de un gran espacio que venía configurando situaciones que en el tiempo no podemos percibir claramente cuando miramos hacia atrás, especialmente si en el curso de sólo tres décadas se cruzan los efectos de las reformas monárquicas y la desintegración del imperio que se esperaba modernizar y mejor controlar. En el caso que señalamos, se trata de la descripción del viaje que el asturiano Alonso Carrió de la Vandra, visitador de correos y postas entre Montevideo y Lima emprendió desde Buenos Aires acompañado por su secretario indio (o mestizo) Concolorcovo con destino a Lima. Dicho viaje, que duró dos años, entre otros tantos lugares menores, incluyó el paso por Córdoba, Santiago del Estero, Tucumán, Salta y Jujuy para enseguida recorrer el Alto Perú. Consigno esta situación porque en la historia y en la historiografía de los conflictos entre Bolivia, Chile y Perú, son pocas y vagas las referencias a todo ese espacio y más aún a los problemas habidos entre lo que sería Bolivia y precisamente el noroeste de lo que es actualmente Argentina, especialmente en la década de 1820 cuando los proyectos por configurar naciones reflejaron muchas más ideas e intereses que los lineamientos centrales de lo que en definitiva ellas fueron. En lo que respecta a las vertientes del Pacífico, me parece, además, que ese espacio Arequipa-Arica merece igualmente estudiarse más intensa y detenidamente.

Junto a la formación de los Estados nacionales y a los desarrollos de colaboración y de conflicto habidos entre ellos hay otras situaciones que se requieren rescatar para unas mejores y más comprensivas miradas del siglo

XIX. Con muchas razones, el liberalismo de dicho siglo construyó una historia del Estado nacional prácticamente autogestada y de una muy fuerte autonomía. No obstante, hay también otras razones que permitirían entender más cabalmente parte importante de esos conflictos. Entre ellos, la relación revolución industrial, capitalismo, ciencia y tecnología, mercado, que, en conjunto, constituyeron (y constituyen bajo nuevas formas) ejes centrales de los procesos históricos de la época. Nuestros Estados nacionales surgieron en el tiempo de esos procesos europeos, no fueron ajenos a ellos y, más aún, fueron fuertemente influenciados por ellos. La Guerra de Chile con la Confederación Perú-boliviana de Santa Cruz, por sus efectos de *under-ground*, fue mucho más importante de lo que se reconoce (en algunos casos se llega a personificar en las antipatías Portales-Santa Cruz), pero los componentes de la relación a la que he hecho referencia aún no estaban maduros en estos espacios, algo muy diferente a lo ocurrido con la Guerra del Pacífico y las consecuencias territoriales que ella significó.

¿Qué sucedió en el intertanto de ambos conflictos? Ya desde comienzos de siglo, pero muy fuertemente entre las décadas de 1830 y 1860, el capitalismo europeo post primera revolución industrial emprendió una decidida expansión hacia las nuevas repúblicas latinoamericanas que, en algunos casos, se caracterizó por un tipo de imperialismo informal en que el liberalismo empresarial avanzaba por sus cuentas, pero teniendo tras de sí las garantías y respaldo del Estado respectivo. No sólo se trataba de incursionar mercantilmente, etapa que marca las primeras décadas del siglo XIX, sino como es muy bien sabido, el aumento del mismo comercio implicó que las sociedades europeas más avanzadas produjesen más, para vender más a los nuevos mercados y para comprar más a los mismos, en este último caso, lógicamente materias primas y productos básicos. Rápidamente, la primera revolución industrial cedió paso a una segunda revolución, la de mediados del siglo, mucho más profunda, más potente y más racionalmente tecnologizada. Para que ello se produjera, convergieron igualmente muchos factores y muchas preocupaciones, entre otros, la transformación del alto sector mercantil en un fuerte, pero especulativo sector financiero. Además, se hizo evidente la necesidad de invertir en el conocimiento del espacio y de valorar las posibilidades de sus recursos naturales, inquietud igualmente presente en círculos de los gobiernos locales. Expediciones científicas, contratos ofi-

ciales a humanistas y hombres de ciencias, presencia de ilustrados, románticos o aventureros, marcaron importante presencia en la (re) construcción de las historias naturales y civiles americanas; las páginas de las principales revistas y publicaciones de las sociedades científicas europeas comenzaron también a redimensionar las ideas e imágenes que España había mostrado de sus territorios coloniales.

Es obvio que estos avances en el conocimiento de espacios previamente recorridos, pero no necesariamente significados, fue de enorme importancia en las historias nacionales y en las historias particulares de cada uno de los Estados nacionales, pero no deben soslayarse las relaciones dadas entre investigación, ciencia, tecnología y economía y, desde ese punto de vista, lo que resultaba de ello a propósito de la nueva *división internacional del trabajo* que se estructuraba a mediados del siglo XIX. En términos concretos, valorización económica de enormes espacios sobre los cuales había poca preocupación o en los cuales no estaban dadas las condiciones para ocuparlos y/o habitarlos en forma posible y permanente. Uno de esos grandes espacios es el que correspondió al centro de las controversias que surgieron entre Bolivia, Chile y Perú alrededor de los años 1840 y que, posteriormente, daría origen a los dramáticos hechos de la Guerra del Pacífico, apelativo, por lo demás, poco preciso para determinar efectivamente el foco concreto de los hechos y a todos los actores involucrados.

La historia de la Guerra del Pacífico tiene su propia historia y lógicamente esta última se ha construido a partir del propio evento y fundamentalmente según sus propios desarrollos y consecuencias. Constituye en sí un verdadero nudo gordiano que debe desatarse a objeto de que los países involucrados puedan definitivamente honrar su pasado, pero, al mismo tiempo, construir un presente solidario y de acuerdo a las necesidades del s. XXI y no a las circunstancialidades del s. XIX. Desatarlo significa también volver a hacer el recorrido histórico común y observar todas las hebras que fueron tejiéndose para llegar a los trágicos hechos iniciados en 1879.

Este volumen es una contribución a esas miradas más extensas y más profundas que se necesitan para reconsiderar los problemas y prejuicios heredados del s. XIX. La primera parte está constituida por los estudios de Eduardo Cavieres, Esther Aillon y Fernando Cajías, éstos últimos, histo-

riadores bolivianos. Se centran en los contextos, en la desintegración de la economía colonial y, muy particularmente, en los esfuerzos bolivianos para tener presencia marítima efectiva antes de la Guerra del Pacífico. ¿Se puede seguir argumentando que Bolivia nunca tuvo salida al mar? La respuesta es Cobija, pero detrás de lo que fue este puerto, es igualmente indudable que se encuentra un complicado escenario histórico de intereses, decisiones, de aciertos y desaciertos que conviene también recoger. Lo importante es mostrar los hechos y reflexionar profundamente sobre los mismos. Las historias de Bolivia, de Chile y del Perú son responsables, en conjunto, de lo que en ellas ocurrió y ocurre.

La segunda parte recoge consideraciones y debates a nivel de trabajo de Seminario sobre tres aspectos muy importantes de considerar en esta configuración del escenario que provocó la ruptura entre los Estados nacionales: Jaime Roseblitt y Carlos Donoso se refieren a las consecuencias de las reformas borbónicas sobre las rutas y comercio en la actividad económica colonial y a sus persistencias y transformaciones en los años iniciales de la República y de la formación de las economías nacionales. Se complementan con el estudio de Esther Aillon. Claudio Llanos sugiere el cambio de mirada desde lo económico hacia lo cultural, observando el cómo se fueron construyendo miradas externas sobre Chile y Bolivia durante el s. XIX, lo cual se desarrolla en términos más particulares a través del trabajo de Marcelo Somarriva. Finalmente, Luis Castro propone miradas acertivas y positivas para observar y analizar el desarrollo concreto de los espacios subregionales en el actual Norte de Chile. Junto a las consideraciones propuestas por los autores, se incluyen los debates producidos a partir de las presentaciones de las mismas.

Este volumen es el cuarto de los producidos gracias al trabajo e interés académico de un grupo de profesores de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso participantes de un Seminario interdisciplinario permanente sobre temas y problemas de la historia de América Latina y, también muy importante, gracias al apoyo institucional y financiero de la Dirección de Investigación de la Vicerrectoría de Investigación y Estudios Avanzados de la misma Universidad.



*Estudios*





**LA CONSTRUCCIÓN  
DE LOS ESPACIOS:  
SIGNIFICACIONES  
ECONÓMICAS Y  
CONFLICTOS NACIONALES:  
Bolivia, Chile y Perú, 1780-1840**

**EDUARDO CAVIERES F.**

Hacia mediados del siglo XVIII, en medio de la expansión científica europea, el conocimiento de América, de aquellos exóticos países, despertaba curiosidad y el mayor interés, lo cual formaba parte de la mentalidad ilustrada: “el conocimiento de sus singularidades antropológicas, etnográficas y naturales se imponía por el carácter *universal* que ya reclamaban para su cultura europea los más audaces publicistas de la Ilustración. Muchos sustituían ya en sus tertulias la afición a los lances bélicos y galantes por el interés en el exotismo de paisajes lejanos y extraños patrones sociales de convivencia”<sup>1</sup>. Se trataba, en paralelo a las cuestiones económicas, de un redescubrimiento de América, de la sustitución del hugonote y del jesuita por el científico y el naturalista, de occidentalizar y pensar las culturas del *otro*. Ya desde comienzos de la década de 1730, con los preparativos de expediciones geodésicas impulsadas por Francia y con sus naturales consideraciones para con España a objeto de obtener las autorizaciones necesarias para viajar a América, el problema económico siempre estaba acechando:

Sólo piden a la corte de España órdenes para que los gobernadores de Santo Domingo, Portobelo, Panamá, Quito y los demás de América

---

<sup>1</sup> Antonio Lafuente y Antonio Mazuecos, *Los caballeros del punto fijo. Ciencia, política y aventura en la expedición geodésica hispanofrancesa al virreinato del Perú en el siglo XVIII*; Serbal/Csic, Madrid 1987, pp.62-63.

protejan y favorezcan una empresa tan útil. Y para que estén libres de las sospechas de que pueden solicitar alguna introducción en el comercio u otras perjudiciales a los intereses de España, cuando estos académicos hayan llegado a Santo Domingo, abrirán y harán públicos sus cajones y cofres para que se vea que sólo llevan en ellos lo que necesitan, y los instrumentos de astronomía y matemáticas, y siendo todos visados o registrados, se embarcarán en los navíos españoles y el mismo registro se hará cuando vuelvan de Santo Domingo con igual exactitud, y siempre que se tuviese por conveniente se sujetarán a todos los exámenes que se quisiera hacer con ellos”<sup>2</sup>.

No obstante, el mismo Conde de Maurepas, Secretario de Marina, de la Maison du Roi y Vicepresidente de la Academia, que había traspasado del Memorial presentado al gobierno español la cita anterior, no dudó en expedir instrucciones confidenciales al gobernador militar de Petit Goave, en la isla de Santo Domingo, a quien le encomendaba directamente que se preocupara de que los expedicionarios fuesen en barco francés a fin de cubrir dos razones fundamentales:

La primera, la necesidad de que los académicos lleguen a su destino lo antes posible, al efecto de trabajar en la ejecución de su misión; y la segunda, para intentar hacer algún comercio con los españoles, o poner los cimientos del mismo; a cuyo efecto será necesario que quien se encargue de conducirlos sea hombre discreto<sup>3</sup>.

Finalmente, el 14 de agosto de 1734 se extendió la Real Cédula por la cual la corona española autorizó a los franceses el paso al virreynato del Perú incorporando tanto los permisos de tránsito o residencia como las obligaciones y cautelas a que debían sujetarse recíprocamente los estudiosos y los gobernadores. Básicamente, esta expedición tuvo como objetivo central realizar mediciones en la línea del Ecuador, de modo que Quito fue centro de sus actividades, pero sin restar importancia a ello, la misma dio inicio a una serie de viajes de científicos y exploradores que se dedicaron a realizar mediciones geodésicas, a realizar observaciones sobre la naturaleza,

---

<sup>2</sup> *Ibidem*, p. 86.

<sup>3</sup> *Ibidem*, pp. 86-87.

a estudiar cuestiones relativas a la geografía o al clima, a sorprenderse y a escudriñar respecto a las poblaciones nativas y a sus formas de vida, a estudiar y describir lo que acontecía respecto a los sectores criollos y al gobierno español de sus dominios. En una síntesis muy aproximada a la fascinación experimentada por algunos de los más celebres viajeros del s. XVIII, Antonio de Ulloa, uno de los miembros españoles de la expedición francesa, escribía:

...la rusticidad de aquellos Pueblos se transformaba a nuestra vista en Ciudades opulentas: la comunicación con un Cura, y dos, o tres personas, que le hacían compañía, el comercio más racional del Mundo: los pequeños Mercados... el mayor concurso de Mercaderías, y Tratos, que podíamos apeteecer; y por este temor lo más pequeño se nos hacía grande...<sup>4</sup>

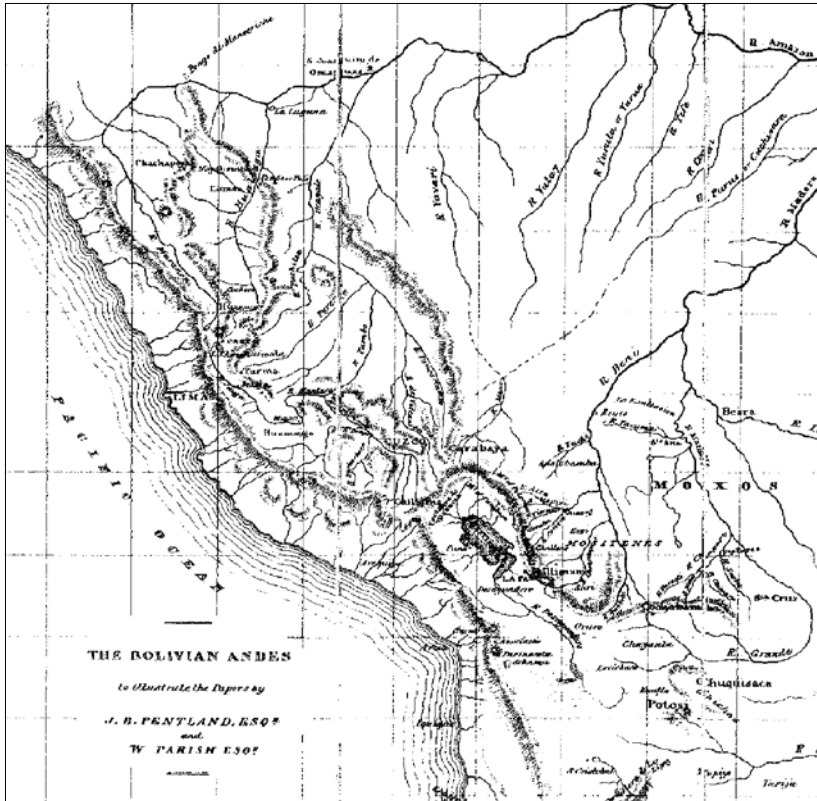
Las experiencias registradas por los científicos franco-hispanos fueron acrecentando el acercamiento efectivo de los europeos con América. Los problemas económicos, la cuestión del transporte, la adaptación al medio físico y a los entornos culturales, fueron posibilitando la incorporación más directa y transparente a los territorios españoles y muy prontamente, desde los propósitos puramente científicos originales se fueron incorporando intereses cada vez más abiertamente económicos. Las acusaciones de comercio ilícito se entremezclaron con las descripciones naturales, políticas, comerciales e incluso de carácter cultural y antropológico. Efectivamente, la expedición de los geodésicos franceses de 1734 inició una especie de redescubrimiento de América.

A un nivel más específico de desarrollo, estaba también la cartografía. En el siglo XVIII, la producción de atlas no sólo era parte de un área importante de la ciencia, sino para muchos era de especial consideración de los intereses del imperialismo. En los mapas norteamericanos, se encontraba “esta ideología en las palabras de las portadas, en las dedicatorias y en los motivos de las tarjetas y de otros emblemas utilizados. Los títulos conte-

---

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 111. Se cita a Antonio de Ulloa, *Relación histórica del viaje a la América Meridional* [Madrid 1784] I, p. 316. Hay que recordar que, posteriormente, el mismo Ulloa llegó en 1758 a Huancavélica, Perú, como administrador de las minas de mercurio, cargo que desempeñó hasta 1864.

nían cada vez más alusiones a los dominios y asentamientos británicos en el mundo”<sup>5</sup>.



Mapa de los Andes Bolivianos aparecido en: “On the General Outline and Physical Configuration of the Bolivian Andes; With Observations on the Line of Perpetual Snow upon the Andes, between 15° and 20° South Latitude” de J.B. Pentland.

En: *Journal of the Royal Geographical Society of London*, Vol. 5, 1835.

<sup>5</sup> J.B.Harley, *La Nueva naturaleza de los mapas. Ensayos sobre la historia de la cartografía*, F.C.E., México D.F., 2.005, p.171.

La función de los topógrafos era inscribir sus fronteras y representar los dominios interiores, incluyendo los inventarios de propiedades estatales y de compañías privadas. Evidentemente, el conjunto de estos avances fue influyente en los progresos del comercio y en una mayor valoración de los recursos naturales, lo cual, a su vez, motivó y orientó las políticas gubernamentales de los imperios respecto a los territorios de ultramar. Los tradicionales informes sobre datos básicos de los gobiernos locales fueron transitando hacia mayores y elaboradas relaciones de provincias y de sus jurisdicciones, con ajustadas y precisas referencias a distancias, caminos, clima, frutos, minerales y otras particularidades. Una de estas Relaciones, fechada en 1760, que describía el territorio que mediaba entre la ciudad de Lima y la Audiencia de Charcas, era prolija en establecer las leguas que distaban entre la capital virreynal y los principales puntos de esa jurisdicción y lo hacía, según sus propias fundamentaciones, según las jornadas, pueblos y tambos en que el Correo se habilitaba de nuevas bestias para seguir su carrera:

Desde	Hasta	Leguas
Lima	Ciudad de Chuquisaca	449
Lima	Villa Imperial de Potosí	425
Lima	Villa de Oruro	360
Lima	Ciudad de La Paz	315
Lima	Ciudad de Chucuito	267
Lima	Villa Rica de Puno	264
Lima	Ciudad del Cuzco	181
Lima	Ciudad de Guamanga	104

Fuente: *Relación de los pueblos que median en el tránsito de la ciudad de Lima, capital del Reino del Perú, a la de Charcas. Distancias de unos a otros, y a los tambos y parajes en que los Correos de la correspondencia de una a otra Audiencia mudan caballos. Breve descripción de las veinte y cinco provincias que se ofrecen al camino. Término de sus jurisdicciones, temperamento, frutos, minerales y demás particularidades que hay en ella. Año de 1760.* Real Biblioteca, Madrid, II/2831, folios 194v-209v.

Como informaciones referenciales, podríamos señalar el detalle que se hacía de la provincia y villa imperial de Potosí:

Está ceñida en su jurisdicción a lo que comprehende la población con el cerro, la ribera de ingenios, y las lagunas de que sale el agua para ellos, como para las pilas y fuentes del común. Su temperamento es

frigidísimo; sus frutos ningunos pues no se encuentra en su extensión otra cosa que piedras, lomas y cerros pelados por el mucho frío. Entre ellos está el famoso de Potosí, a cuya falda está situada la villa, y entre el cerro y ella hace una especie de bajío encañado en el que están contruídos 17 ingenios correlativos de suerte que el agua que larga el uno recibe el otro, y es con la que muelen. Esta agua salen de unas lagunas hechas a mano entre varias lomas que mutuamente se comunican y están las primeras a distancia de dos leguas sobre la población. Son once con distintos nombres, las nueve útiles, y las dos cuasi ciegas por la desidia y menos gobierno, sucediendo lo mismo con seis de que ya no hay señas y faltan al número de 17 que se formaron de cuenta del Rey a mucha costa. Si dichas lagunas estuviesen corrientes tendrían mucho agua de sobra, y hoy se experimenta que en el año de pocas lluvias con lo que se llenan, o de que se hacen les falta, suspendiendo el moler porque alcance para servicio del pueblo. Este es muy grande, sus fábricas pobres aunque las de los templos son más que medianas: hay varios conventos y monasterios, y 17 pilas bautismales o iglesias parroquiales, las quince de indios erigidas a fin de doctrinar a otros tantos mil indios que se señalaron de mita para el trabajo de dicho cerro, en el que se cuentan 105 bocas de minas bien que no se trabajan todas a un tiempo. Después de su Cabildo, y Corregidor hay un Superintendente de Mita, Cajas Reales y Casa de Moneda, hoy está unido en uno que se llama Gobernador. Las Cajas Reales tienen tres oficiales y muchos subalternos, y en la Casa de Moneda se hallan un año con otro sobre setenta partidas de a 36.600 pesos. Es lugar de mucho comercio<sup>6</sup>.

Se puede advertir la conjunción de informaciones de diversas naturalezas, una verdadera síntesis del espacio y de las actividades allí desarrolladas. Nos interesa fundamentalmente subrayar este creciente interés por el espacio, por el conocimiento cabal del territorio, por hacer ciencia, pero también por la utilización económica del mismo. La segunda mitad del siglo XVIII no fue sólo Ilustración, y en el caso de España puro reformismo. La dinámica de los procesos fue mucho mayor y allí coincidieron los intereses académicos con las necesidades de los Estados y el espíritu mercantil desata-

---

<sup>6</sup> *Ibidem*, pp. 208-208v.

do por parte de los ya maduros capitalistas de la época. Un espacio como el hispano colonial era un espacio privilegiado para hacer coincidir el asombro por lo desconocido, la admiración por paisajes de tan variada naturaleza, la curiosidad por los modos de ser y costumbres de los nativos, la inquietud por las empresas económicas que podrían levantarse, el cálculo racional por los negocios a desarrollar, el interés por la explotación de las riquezas naturales, etc. Entre las iniciativas políticas y las necesidades crecientes provocadas por un capitalismo expansivo, el espacio colonial siguió creciendo en sus inter-relaciones internas y en el tejido de una red intensa y extensa respecto al desarrollo del comercio y a los efectos sociales y culturales del mismo. Nuevas rutas y caminos, intensificación de los instrumentos de intercambio, mayor número de viajeros y transeúntes, no siempre definibles respecto a sus quehaceres principales, mayor complejidad en el control de los poderes locales por parte de las autoridades superiores, otras estrategias de supervivencia de las familias de notables tanto en lo económico como en lo social, acrecentamiento de los descontentos, la impaciencia y también de la impotencia de los grupos subalternos, fueron construyendo una historia mucho más dinámica de lo pensada en la cual fueron varios los ejes de desarrollos necesarios de considerar para una mejor comprensión del período y de lo que se comenzaba a gestar dentro del mismo. Entre ellos, se debe consignar como muy importantes el aumento del conocimiento científico y tecnológico y la presencia de inquietos europeos constructores de nuevas realidades, imágenes y representaciones de un mundo que ya no era original, pero que todavía no comenzaba a ser explotado en todos sus potenciales.

Tomando en cuenta estos contextos, si nos adentramos en el pasado colonial, nos encontramos con una fuerte experiencia de intercambio e integración en unos amplios espacios que bien podrían haber conformado identidades regionales más sólidas y permanentes. En lo particular, hasta la segunda mitad del s. XVIII, en forma previa a las reformas borbónicas y, más precisamente, hasta los momentos del Decreto de libre comercio y a la reorganización política de los sistemas coloniales, en el área geográfica de nuestros países, podemos distinguir a lo menos tres espacios económicos que se integraban a partir de las rutas de circulación que subían de Sur a Norte conformando no sólo rutas de tráfico de mercaderías y de capitales, sino también redes sociales y poderes inter-locales que, en su conjunto, fue-

ron conformando los tejidos socio-políticos del funcionamiento del sistema colonial. Desde las misiones jesuitas, desde Buenos Aires, desde Santiago de Chile, todas estas vías de circulación conducían hacia el vértice de los mercados de Potosí e incluso seguían hasta alcanzar la propia La Paz. Son numerosísimas las escrituras, cartas de poder, compromisos, etc., que unían a comerciantes y empresarios de Córdoba, Tucumán, Buenos Aires, Mendoza, Santiago, etc., con otros comerciantes y residentes paceños. La mayoría de ellos, notoriamente hasta la década de 1780, eran vecinos o transeúntes en la capital chilena y mantenían un activo comercio con sus similares de lo Alto. Obviamente, el listado de apellidos de prestigio que se repetían en La Paz y en Santiago era importante: Diez de Medina, Trucios, Hurtado de Mendoza, Fernández y Palazuelos, Bravo de Saravia, entre otros.

Podemos revisar algunos casos: en 1777, don Joseph de Rojas y Morales, vecino de La Paz y sargento mayor de su plaza, oriundo de Santiago de Chile, casado con una dama de la localidad, al registrar su testamento en esa ciudad, declaraba por sus bienes casas en La Paz; la estancia de Comanchi en la provincia de Pacajes en donde sumaba otras tres estancias con cerca de 15.000 cabezas de ganado de Castilla; una hacienda de cicales llamada Santiago Chico ubicada en el pueblo de Coroico, jurisdicción de SicaSica por un valor superior a los 17.000 pesos; otra también de cicales en la doctrina de Guaripata, también ubicada en SicaSica, pero comprada a un vecino de Arequipa en 13.100 pesos. Entre sus actividades, figuraba igualmente el comercio fruto del cual el Marqués de Villa Hermosa, vecino de Lima, le adeudaba 2.019 pesos por saldo de una cuenta con Blas Quiroz, vecino de Arequipa. En su testamento, Rojas ordenaba entregar una cantidad de dinero a una hermana que residía y era vecina de Santiago de Chile<sup>7</sup>.

En el listado de bienes consignados en el testamento de don Joaquín de Trucios, otorgado en 1790, éste daba cuenta de un apreciable número de propiedades de gran envergadura: tres haciendas de cicales, seis estancias, una chacarilla, casas en La paz y en otras localidades, fincas diversas y una verdadera fortuna en bienes y alhajas de plata labrada. Natural de Vizcaya, Trucios nombraba como primer patrón y capellán de legos a su sobrino don Joaquín, hijo del conocido comerciante santiaguino Salvador de Trucios y

---

<sup>7</sup> *Archivo La Paz* (en adelante A.L.P.), R.E. 1780, caja 105, leg. 165.

Ana Josefa de Salas, vecinos de Santiago, “para que pueda llevar adelante la Casa de Trucios”, sucediéndoles en su posesión los hijos legítimos que obtuviere <sup>8</sup>.

El muy reconocido Thadeo Diez de Medina, también había consolidado estrechos lazos con Santiago. En su propio testamento, otorgado en 1792, daba cuenta que su hermano, Francisco Tadeo, del Consejo de Su Magestad y su Oydor en Santiago de Chile era el verdadero gestor de la educación de sus hijos enviados a Madrid con tal propósito y a insinuación del mismo Francisco, “quien por haberlos educado e interesarse en sus progresos y carrera que están y han de estar a su dirección me lo tiene así pedido”<sup>9</sup>. Como es bien sabido, la familia tuvo interesantes desarrollos tanto en Bolivia como en el mismo Chile y en el tiempo, a pesar de su tronco común, los caminos seguidos por las respectivas Repúblicas deben haber visto a sus descendientes mirando la situación desde diferentes posiciones <sup>10</sup>.

En las escrituras de ventas y compromisos registradas en notarios de La Paz, se pueden observar las dinámicas mercantiles y crediticias configuradas a lo largo de extensos espacios. En la propia La Paz, la existencia de mercaderías y efectos procedentes de Chile era bastante notoria y no sólo cerraban allí un circuito sino seguían hacia otros centros urbanos, como Cochabamba, Arequipa, el Cuzco. Por cierto, desde La Paz, se distinguían rutas y conexiones que llegaban hasta Lima y que se alimentaban, previamente, del tráfico de mulas proveniente desde Córdova-Tucumán o Jujuy<sup>11</sup>. Se trataba de un gran espacio, cruzado y múltiplemente recorrido por pequeños y medianos comerciantes que unían los distintos paisajes productivos, que conocían la geografía de los distintos valles, mesetas y tierras altas, que sabían de los cambios de climas y temperaturas, que iban y venían en el tiempo según cosechas agrícolas, producciones mineras o movimientos de los animales, especialmente del ganado mular. Comerciantes, arrieros y peones que, además, habían humanizado los lugares más inhóspitos a través

---

<sup>8</sup> *A.L.P./RE*, 1790-1801; caja 109, leg. 173.

<sup>9</sup> *A.L.P./RE*, 1790-1801; caja 109, leg. 174.

<sup>10</sup> Para Bolivia, ver Herbert S. Klein, *Haciendas y ayllus en Bolivia, s. XVIII y XIX*, Instituto de Estudios Peruanos, I.E.P., Lima 1993.

<sup>11</sup> Ver, por ej., *ALP/RE*, Caja 62, Leg. 94; Caja 102, Legs. 159 y 160.

de su continuo transitar por ellos o incluso por sus necesarias detenciones estacionales que lógicamente posibilitaban complejas e informales relaciones sociales y familiares e igualmente todo tipo de interacciones culturales. Fueron ellos mismos los principales informantes de los viajeros europeos que llegaron para presentar y dar a conocer estos mundos y estas sociedades al viejo continente.

En las últimas décadas del s. XVIII, los cambios en las políticas de la Corona cambiaron el funcionamiento de esos espacios y reorientaron rutas y vías de circulación de mercaderías. También provocaron los respectivos ajustes en las actividades de los hombres de negocios, inversionistas y autoridades locales cuyos centros de poder se desplazaron notoriamente hacia los nuevos centros administrativos y comerciales surgidos a propósito de las reformas. Así como Santiago se vio fuertemente influido por Buenos Aires, La Paz miró hacia Lima mientras que la antigua Audiencia de Charcas, centro neurálgico de los movimientos mercantiles del antiguo sistema colonial, miraba directamente hacia la capital rioplatense. Desde 1790 en adelante, cada vez se hicieron más irregulares las escrituras y documentos notariales que pudieran testimoniar la mantención de esas antiguas rutas y comunicaciones. Los vecinos paceños se distanciaron de sus similares santiaguinos a pesar de que ello no significó provocar rupturas más profundas en términos de las redes sociales y familiares que se habían conformado. El problema de fondo es que sí se resintieron dichas vinculaciones a partir de las nuevas redes de intereses formados a partir de la reorganización de los espacios coloniales y el acrecentamiento de las influencias y polos de atracción de Buenos Aires y Lima. Posteriormente, con el surgimiento de los Estados nacionales y con sus propias tensiones internas y externas, los viejos sectores dirigentes, en una situación de nuevas relaciones de poder, debieron, a su vez, volver a redefinir sus intereses, sensibilidades y adhesiones.

En paralelo, a través de los largos tiempos del régimen colonial, especialmente desde la cotidianeidad del s. XVIII, a diferencia del ritmo más lento y silencioso que caracterizaba el suceder de las rutas interiores que conducían hacia el altiplano, las relaciones entre Valparaíso, Santiago y Callao-Lima siguieron siendo dinámicas e importantes. Permitieron también fuertes relaciones sociales, pero, al mismo tiempo, una gradual disconformidad por parte del comercio santiaguino que veía que los nuevos tiempos

anunciados desde 1740 en adelante con la apertura de la ruta de Cabo de Hornos, no se manifestaban concretamente en las nuevas realidades que esperaban y que parecían estar en un horizonte cercano. Por más que sus principales representantes intentaron contar con su propio Consulado, obtenido sólo en la última década del XVIII; por más que insistieron en el desembarco directo de las mercaderías que le venían a su consignación en los barcos que pasaban primero por Valparaíso antes de alcanzar Callao; por más que trataron de aumentar el envío de sus retornos a Cádiz sin pasar necesariamente por manos intermedias; y por más que vieran una salida en los intentos de liberalizar el comercio del interior por los primeros virreyes bonaerenses, siempre se estrellaron con la férrea voluntad del Consulado limeño, y del gobierno virreynal, encabezado por algunas décadas, por ex gobernadores de Chile, que no permitió cambios en lo que llamaron permanentemente la defensa de sus prerrogativas y de los intereses fiscales de la Corona. Para cuando se impuso finalmente el libre comercio, la mayoría de los más exitosos exponentes del sector mercantil santiaguino había reorientado sus capitales hacia la gran propiedad y ya no miraban en la misma forma hacia sus antiguos aliados, o simplemente sus representantes limeños. El mayor número de comerciantes chilenos afiliados al nuevo Consulado establecido en Santiago no había pasado por las altas relaciones comerciales con el grupo más notable de Lima, condes y marqueses, pero que al mismo tiempo eran grandes hacendados que habían marcado las diferencias a lo largo del s. XVIII.

La desestructuración de algunos de los espacios coloniales que se habían venido constituyendo política, administrativa, social y económicamente se cruzó con los procesos independentistas y con la reorganización de los mismos en los nuevos ámbitos de carácter nacional. Esta coyuntura de carácter político posibilitó la multiplicación de expediciones científicas, pero más abiertamente de aquellas tendientes a realizar estudios de prospección de recursos mineros destinados a interesar a los potenciales nuevos capitalistas ingleses o a descripciones sociales y económicas de los mercados posibles de ser influidos por la oferta de productos ingleses o franceses. La relación entre el conocimiento científico y su utilidad en términos de la economía, se hizo cada vez más evidente.

Pensando solamente en algunas obras escritas en la segunda década del siglo XIX, el listado de algunos de ellos no sólo es amplio, sino además

interesante y sugerente. La mayoría de ellos desembarcaron en Buenos Aires y desde allí atravesaron la cordillera para seguir hacia el norte rumbo a los territorios peruanos y bolivianos. Alexander Caldcleugh viajó por América del Sur durante los años 1819 a 1821; Peter Schmidtmeier viajó hacia Chile a través de la cordillera de los Andes en los años 1821 y 1822; Edward Hibbert escribió sobre su viaje entre Santiago y Buenos Aires en 1821; Robert Proctor, sobre la cordillera y su residencia en Lima y otros puntos del Perú en 1823 y 1824; Charles Brand sobre su viaje al Perú, también atravesando los Andes, en el invierno de 1827. Y no debemos olvidar a Samuel Haigh, Peter Campbell Scarlett, Joseph Andrews, Francis Bond Head y tantos otros. En conjunto, sus observaciones sobre la naturaleza, sobre los habitantes de los diversos territorios, sus juicios y recomendaciones sobre la realidad política de los distintos nuevos países recorridos, produjeron diversas miradas y articularon representaciones culturales que permiten pensar sobre las formas cómo ellos, y las empresas que representaban, se vinculaban con sus antecesores en la larga especulación desarrollada en Inglaterra y Francia sobre el cono sur de América y, muy importante, sobre sus eventuales conexiones con la empresa imperial inglesa de las primeras décadas del siglo XIX. Sin duda alguna, los propósitos científicos se entremezclaban mucho más notoriamente con los afanes expansionistas del capitalismo y del sector industrial europeo más avanzado <sup>12</sup>.

En todo caso, por el momento, el problema no era profundo. Los nuevos Estados nacionales se preocupaban de los problemas militares y de su organización política. Avanzaban más lentamente en términos de construir una política fiscal económica y de cómo orientar el carácter de sus economías nacionales. Para ellos, la presencia de comerciantes y casas de comisión europeas no constituía conflictos y la literatura que emergía sobre las posibilidades productivas y mercantiles de sus territorios se observaba como positiva, toda vez que daban a conocer sus potencialidades ante los eventuales socios comerciales europeos, a quienes querían atraer en una verdadera competencia que se desataría más abiertamente en la década de 1830. Espacios aún no valorados económicamente estaban fuera de toda

---

<sup>12</sup> Ver Marcelo Somarriva, *América Latina y el cono sur en la mirada de los viajeros a comienzos del siglo XIX*; en Eduardo Cavieres (Ed.), *Entre continuidades y cambios. Las Américas en la transición (s. XVIII al XIX)*, Eudeva, Valparaíso 2006, pp. 147-149.

discusión y entregados naturalmente a los ímpetus privados que trabajaron silenciosamente en su conocimiento y en el análisis de las posibilidades que allí estaban en espera de capitales, trabajo e inversión.

No obstante lo anterior, ya se vivían procesos subterráneos. ¿Era posible una integración mayor entre los nuevos países independientes en América Latina al comenzar el s. XIX? En paralelo a los diversos desarrollos históricos y a sueños americanistas, como los de Bolívar, la realidad concreta estaba siendo caracterizada por una serie de procesos más divergentes que convergentes y ellos estaban fuertemente influidos por el carácter regional de la historia colonial, de sus espacios y de sus grupos dirigentes locales. En la formación de largo tiempo de las identidades regionales y nacionales, la dinámica de los movimientos mercantiles y de las complejas redes de intereses a que dieron lugar, jugó un notable rol de carácter social y cultural. Si la Independencia es vista desde la perspectiva de la historia regional, en las dos últimas décadas del s. XVIII, se había comenzado a configurar un nuevo sistema de relaciones de poder. La desintegración de los antiguos espacios coloniales, debieron dar paso a nuevas concepciones espaciales que quizás no alcanzaron a madurar convenientemente, especialmente en términos de sus bases sociales. Los antiguos pesares de los comerciantes santiaguinos y la pérdida de los privilegios de los comerciantes limeños no se disiparon fácilmente y, en el control de los nuevos espacios regionales de comienzos del s. XIX, las tensiones que se habían venido acumulando se exteriorizaron en la nueva competencia y rivalidad entre Callao y Valparaíso, sólo que ésta era la hora de Valparaíso.

¿Por qué es importante visualizar estas contingencias? Básicamente porque la crisis del sistema colonial no sólo se puede visualizar desde sus perspectivas políticas o económicas, sino también por la fragmentación de sus relaciones sociales de base. Dichas relaciones permiten observar la conformación de relaciones de identidad regional a través del movimiento de personas, de mercaderías, de noticias. Los escenarios que se van conformando corresponden a los espacios recorridos por individuos de diversas condiciones sociales, de olores y de colores diferentes, pero que siempre van estableciendo comunicaciones para la satisfacción de sus necesidades, generalmente haciendo abstracción de sus diferencias y debilitando, por tanto, la noción diferenciadora del otro. En los momentos felices, o de

buenas voluntades, esto era, en parte, la América colonial y desde estas concretas relaciones de la vida diaria es que se habían venido conformando identificaciones regionales que permitían visualizar, a pesar de divisiones administrativas y políticas igualmente marcadas, ciertos procesos de integración regional que, en muchos sentidos, la historia republicana comenzó a fragmentar por los requerimientos del nuevo Estado nacional<sup>13</sup>.

En todo caso, no fue en la base social en que comenzaron a producirse las divergencias. Como ya lo hemos indicado, la readecuación de los espacios regionales coloniales significó también el redimensionamiento del poder de las elites locales, las cuales, con razones o sin ellas, debieron adecuar sus estrategias de sobrevivencia social en nuevos contextos políticos que inevitablemente llevaron a cambiar también los complejos procesos de formación de identidades desde sus ámbitos locales, regionales y ahora igualmente nacionales. ¿Cuál fue el papel que jugó allí el pasado colonial? Un ejemplo claro e ilustrativo es el que proporciona la competencia comercial marítima entre Valparaíso y Callao, que permite observar y dimensionar un problema latente de la segunda mitad del siglo XVIII y que irrumpe nítidamente a comienzos del siguiente cuando los nuevos Estados iniciaban la búsqueda de nuevos equilibrios dentro de un paisaje político inestable y todavía confuso.

Otro ejemplo, de todas maneras relacionado con el anterior lo proporciona la situación de Bolivia dentro del contexto regional del Cono Sur andino. Su situación no fue de las más favorables y, a pesar de la preocupación constante y de las miradas de futuro de algunos de los notables de las elites interiores, ello se agravó y se manifestó en difíciles encrucijadas políticas respecto a sus vecinos y a la imposibilidad de definir pronta y eficazmente su real salida marítima. Precisamente, desde los tiempos coloniales de la Audiencia de Charcas, sus lazos externos fueron siempre débiles y costosos; los del Atlántico, ligando Potosí-Buenos Aires; los del Pacífico, siempre ligados al sur peruano. Cuando surge Cobija, ello supuso una penosa y costosa travesía por el desierto de Atacama para alcanzar Potosí, Chuquisaca, Tupiza y Tarija, razón por la cual su uso marítimo siempre fue muy inferior

---

<sup>13</sup> En una versión más resumida, he expuesto estos problemas, en Eduardo Cavieres, *Entre región y nación. Espacios y comercio. Los difíciles caminos históricos de la integración chileno-boliviana; en Iberoamericana - Quinceeclesiensis* Vol. 2, Centro Iberoamericano, Universidad de Pécs-Hungría, 2004, pp. 15-32.

al entonces puerto peruano de Arica. Lo cierto de todo ello es que, hacia 1826, el 33% de las importaciones a la región se introducían por la ruta de Buenos Aires y el 67% restante por Arica.

Después de los proyectos de Bolívar y Sucre, ¿qué caminos debía seguir Bolivia? Una alternativa fue forzada por Andrés de Santa Cruz y su Confederación Perú-boliviana levantada en medio de una ostensible competencia de liberalización de impuestos buscada por los gobiernos a objeto de sumar las preferencias de los mercados europeos. Por parte del Perú, como lo señala Heraclio Bonilla, el reglamento de liberalización de 1836, que sancionaba las propuestas de la comunidad mercantil británica, reflejaba la búsqueda de relaciones directas con Europa, “lo que significaba vencer la hegemonía del puerto de Valparaíso” e, igualmente orientada hacia ese fin, surgió la sensible reducción de derechos aduaneros decretados por Santa Cruz junto a la imposición de mayores gravámenes para aquellas mercaderías que tocaran otros puertos del Pacífico antes de arribar al Callao. Por lo demás, el propio proyecto de Santa Cruz había significado profundas discrepancias internas: el Sur del Perú, tradicionalmente con fuertes lazos comerciales con Bolivia y opuesto al dominio de Lima sobre el país, observó con buenos ojos el acontecer, mientras que la propia elite limeña se resentía por la división del país y por el hecho de que la elite paceña se encontraba disgustada por la elección de Lima como centro de la Confederación. Obviamente, los mayores rechazos vinieron desde fuera: la declaración de la guerra por Santiago de Chile en diciembre de 1836 y la del gobierno argentino en mayo de 1837<sup>14</sup>.

Por parte del gobierno chileno, entre otras consideraciones, era relevante la conservación del equilibrio político de las Repúblicas del Sur que se veía trastornado por la acción de Santa Cruz. Particularmente, en el caso del comercio, su política era que tanto Chile como la Confederación debían renunciar a toda medida de excepción contra su respectivo comercio. En la cuenta dada al Congreso Nacional, señalaba que:

No podíamos desatender este objeto, a vista de la hostilidad declarada de tiempo atrás contra el comercio de Valparaíso por la administración peruana, y particularmente desde que tuvo en ella un ascendiente

---

<sup>14</sup> Ver, Heraclio Bonilla, *Perú y Bolivia*, en L. Bethell (Ed.), *Historia de América Latina*, Crítica-Barcelona 1991, Vol. 6, pp. 208-211 y 223-229.

decidido el General Santa Cruz; y que pudiera fácilmente renovarse bajo la influencia de un espíritu de rivalidad, que halla más fácil dañar a la prosperidad del vecino con excepciones odiosas, que estimular la propia por las vías legítimas que la naturaleza ha puesto al alcance de todos <sup>15</sup>.

El problema, con base económica, se orientó hacia una insuperable situación política. En el caso particular de Bolivia, su pertenencia a la Confederación liderada por Santa Cruz. Los representantes de ambas partes, hasta último momento, estuvieron proclives a solucionar todos los puntos en disputa, menos a discutir la legitimidad o no de la Confederación Perú-boliviana. Para el representante del Norte, cuando Bolivia quisiera, libre y soberanamente, de acuerdo a su existencia o a sus intereses, el unirse con otra nación, no había derecho para que el gobierno de Chile pudiese entablar una cuestión internacional y sostenerla con la fuerza de las armas. Señalaba que:

Si Bolivia quiere perder su independencia, hará lo que mejor le convenga como soberana; y siéndolo el mismo hecho convenido, privaría a todos los gobiernos de la tierra de intervenir en el asunto... La República de Chile no tiene con la boliviana ningún tratado de alianza, de comercio o navegación; ningún pacto ni convención alguna que produzca un derecho perfecto; y por consecuencia, carece de facultades para intervenir, haciendo proposiciones en negocios en que no es parte legítima... <sup>16</sup>

Por su parte, el gobierno chileno, haciéndose cargo de las propias palabras del representante de la Confederación, decía que Bolivia había comprado noblemente su independencia, que era digna de ella, que tenía mil motivos para emplear todo su valor y celo en guardar adquisición tan valiosa y que, por lo tanto, *debía* ser independiente. Agregaba que, cuando se pedía la Independencia boliviana como condición de la paz,

se quiso dar a entender la independencia en su sentido más absoluto;

---

<sup>15</sup> República de Chile, *Mensaje al Congreso Nacional*, sesión del 23 de diciembre de 1836; *Sesiones de los Cuerpos Legislativos*, Vol. 24 (1835-1839), Santiago, 1892, anexo 384, en particular p. 391 y cita de p. 393.

<sup>16</sup> Casimiro Olañeta al Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, 14 de diciembre de 1836. En *Sesiones de los Cuerpos Legislativos*, Ibidem, Anexo N°388, p. 398.

porque todo sistema en que la población, las riquezas, los recursos del Perú y de Bolivia estén a disposición de un solo Gobierno y de un Gobierno que nos ha dado pruebas irreparables de malevolencia, es incompatible con la seguridad de esta República <sup>17</sup>.

La Guerra, ¿era inevitable? La correspondencia entre el Ministro Plenipotenciario de la Confederación y el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, está llena de sentidas percepciones acerca de los efectos del conflicto y de las sinceras sensaciones de pesar por el mismo. En este aspecto, el Ministro Olañeta era bastante expresivo al referirse a los *males horribles* que sufrirían los pueblos con motivo de la guerra, a las *consecuencias espantosas* que infaliblemente se seguirían en naciones obligadas a destruirse para hacer la paz, pero se adelantaba a asegurar que ante la inminencia del hecho y ante una posible victoria del Perú, su Gobierno no estaba en la pretensión de exigir nada humillante ni indigno de la nación chilena. Decía:

Quiera el cielo, señor Ministro, que yo sea el órgano de estos sentimientos, ya que por desgracia no lo he sido el de reconciliación. Así pagaré la deuda inmensa que he contraído con el pueblo noble que me ha dado una generosa acogida <sup>18</sup>.

Problemas de Poder, necesidades coyunturales de naciones que recién comenzaban a recorrer los nuevos caminos de independencia. También las fuertes diferencias existentes entre los sectores dirigentes y los componentes de la sociedad propiamente tal. Identificaciones regionales que se debían transformar en identidades nacionales. Cargas del pasado colonial e incapacidad para percibir efectos hacia el futuro. Aunque no hubiese existido un pasado efectivamente común, no se puede olvidar que las nuevas comunidades sociales en formación, guiadas por sus propios nuevos Estados, internamente no se integraron fácilmente y terminaron por desintegrarse externamente. Esta es una situación básica que explica las profundas debilidades en los procesos de construcción de ciudadanías no sólo en el s. XIX, sino también a lo largo del XX. En lo que es el análisis de la historia fáctica,

---

<sup>17</sup> Diego Portales al Señor Ministro Plenipotenciario del Gobierno del Perú, 15 de diciembre de 1836, *Ibidem*, Anexo N°389, p. 400.

<sup>18</sup> Casimiro Olañeta al Ministro de Relaciones Exteriores de Chile, 7 y 08 de diciembre de 1836, *Ibidem*, Anexos N°s 385 y 386, pp. 394 y 395.

en gran parte, la vida económica entre Bolivia y Chile se restableció después de la Guerra, pero quedó instalada la política de la desconfianza que se fue traspasando hacia todos los sectores de la sociedad, especialmente debido al hecho de que los procesos históricos de ambos países se fueron desarrollando con ritmos y profundidades diferentes.

En lo concreto el significado de la Guerra contra la Confederación tuvo efectos a largo plazo. En el caso chileno, para el historiador Mario Góngora, es posible que nunca se hubiese visto con tanta claridad el destino del país mientras que el horizonte histórico del Ministro Portales habría correspondido efectivamente a la expansión territorial y comercial marítima del país en el s. XIX. En sus comienzos, la guerra habría distado de ser popular porque se trataba de un problema político de un nivel demasiado elevado y porque al mismo Portales se le acusó de haber emprendido un conflicto por la tiranía y la intriga. En todo caso, la guerra sí fue popular después de la victoria de Yungay y sus frutos fueron cosechados por Bulnes<sup>19</sup>.

Lo que me interesa recalcar aquí es precisamente el hecho de que la guerra se hubiese hecho popular en Chile después de Yungay, lo cual, evidentemente, significó la formación de un imaginario colectivo que se fue convirtiendo en un contenido importante del nacionalismo del s. XIX. Creo que este momento, considerando las décadas anteriores a la Guerra del Pacífico, es muy importante porque además coincide con el surgimiento del sistema nacional de educación a partir de la Ley de Instrucción Primaria de 1860 y con la expansión de la red ferroviaria que, como es bien sabido, no sólo une territorios sino que además es vehículo de transmisión cultural fundamental. Podemos recordar que cuando Braudel escribió sobre la identidad de la Francia que actualmente conocemos, precisamente recaló que esta Francia no era el producto ni de Juana de Arco ni de la Revolución francesa, sino de la extensión de la escuela primaria y del tardío sistema ferroviario que permitieron al Estado llegar a todos los espacios requeridos para formar las bases de la nueva Nación.

En lo respectivo a Bolivia, el ensayo de Santa Cruz la volvió a dejar

---

<sup>19</sup> Mario Góngora, *Ensayo histórico sobre la Noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*, Edit. Universitaria, Santiago 1988 (2a edic.), pp. 36-37.

confusa políticamente y, además, agotada en sus recursos por un esfuerzo militar sin precedentes. Más aún, terminada la Confederación, el Presidente Gamarra del Perú retomó el proyecto del Mariscal, pero en contra de sus aliados. Sus tropas atravesaron el Desaguadero y trataron de ocupar el altiplano. La batalla de Ingaví, en 1841 significó la derrota a sus esfuerzos y el Perú y Bolivia retornaron a sus límites sin que la fusión del Altiplano fuese vuelta a recordar hasta los albores de la Guerra del Pacífico. Ninguno de los dos lo puede controlar, pero ninguno se puede privar de los recursos extraídos a través del tributo de la población indígena. Las fronteras entre ambos siguieron siendo permeables y con una precaria fiscalidad. El problema de fondo, un débil sentimiento nacional que todavía estaba por crear <sup>20</sup>.

Si volvemos a la Guerra de Chile y la Confederación, es preciso detenerse en ella respecto a dos cuestiones fundamentales: primero, no significó en nada movimientos de fronteras ni cuestiones territoriales. Fue parte de los acomodados y reacomodados políticos y económicos de los nuevos Estados y todavía de la presencia de líderes convertidos en militares en los procesos de Independencia. En segundo lugar, posiblemente por la falta de consenso en proyectos nacionales o binacionales que estaban en juego, aun cuando esta guerra no quedó registrada en la memoria histórica como un gran momento de conflicto entre los países comprometidos, sí dejó abiertas las preocupaciones por los desarrollos nacionales y, muy concretamente, por la relación recursos-territorios en términos de las respectivas economías nacionales. Y en esto, debemos volver a insistir en la importancia del (re)conocimiento de los espacios tanto para las propias necesidades de los surgientes Estados sino también para las miradas europeas sobre los mismos. Frecuentemente olvidamos esta relación en beneficio de una historia nacional que se piensa se construye sólo al interior de sus propias fronteras.

¿Qué sucedía en Europa en la primera mitad del siglo XIX? ¿Qué pasaba particularmente en Inglaterra? Allí, la producción y la productividad agrícola crecían notablemente y hasta 1830 no necesariamente por innovaciones tecnológicas importantes o por efectos de la Revolución Industrial, sino más bien por incrementos de las superficies cultivadas, la mayor

---

<sup>20</sup> Ver, por ejemplo, Marie-Danielle Demélas, *La invención política. Bolivia, Ecuador, Perú en el siglo XIX* [Paris 1992, la versión original]; IFEA, IEP, Lima 2003, pp. 287-288 y 296.

eficiencia de fincas más grandes, cambios en los cultivos y amplia difusión del sistema de rotación. La fundación de la Royal Agricultural Society en 1838 coincidió con un progreso agrícola notablemente rápido. El uso de los fertilizantes creció con rapidez y en la década de 1840, la importación de guano desde el Perú se elevó desde 0 a más de 200.000 toneladas<sup>21</sup>. Todos sabemos del ciclo del guano peruano, también de su rápido agotamiento y de sus significados para las finanzas estatales de Lima. Desde 1840, igualmente, fueron muchas las miradas que se dirigieron hacia un territorio hasta entonces poco conocido y menos valorado.

Pero ello no es todo. Hay que recordar ese concepto de la división internacional del trabajo y en ello, Inglaterra se impuso casi naturalmente sobre todo un mundo emergente a escala de la economía mundial. Según el mismo Hobsbawm, la economía británica siguió elaborando un modelo característico y peculiar de relaciones internacionales:

El resultado *ideal* de este intercambio masivo hubiera sido transformar el mundo en un conjunto de economías dependientes de Gran Bretaña y complementarias de ella, en el que cada una intercambiaría las materias primas que obtenía de su peculiar situación geográfica (o así argumentaban por lo menos los economistas más ingenuos del período) por los productos manufacturados del *taller del mundo*. De hecho estas economías complementarias aparecieron en diversos períodos, principalmente sobre la base de determinados productos locales especializados para vender sobre todo a los ingleses: algodón en los Estados sudistas de Estados Unidos hasta la Guerra de Secesión, lana en Australia, nitratos y cobre en Chile, guano en Perú, vino en Portugal, etc.<sup>22</sup>

En adelante, no sólo la realidad se fue complicando, sino también los conflictos. Ya no se trataba sólo de cómo organizar las Repúblicas. Ahora los territorios de éstas se valorizaban según los recursos contenidos y eran parte de los intereses de las mismas. El estudio y el conocimiento de los espacios daba paso a la explotación de éstos. Los sectores mercantiles se transformaban en sectores financieros, las inversiones se acrecentaban. Se

---

<sup>21</sup> Eric J. Hobsbawm, *Industria e Imperio* [1968], Ariel, Barcelona 1988 (3ª edic.), p.102.

<sup>22</sup> *Ibidem*, pp. 130-131.

entraba a otra fase de la historia. Junto con ello, se necesita volver a recorrer los procesos y los contenidos de la formación de la idea de Nación para el mismo período. Economía y nación forman parte esencial de la modernización de la época y la modernización construye nuevos sectores sociales y nuevas riquezas.

Como lo hemos señalado, en la vida económica, el término de la Guerra contra la Confederación reestableció, con mayor fuerza aún, las redes de comercio desde Chile hacia el altiplano, sólo que ahora lo hizo desde y hacia Valparaíso. De hecho, durante los primeros años de la década de 1840, el movimiento mercantil porteño estuvo alterado por las conflictivas relaciones entre Ecuador y Perú y de éste último con Bolivia. En 1842 y 1843, por ejemplo, los informes consulares británicos daban cuenta periódicamente de los problemas enfrentados por las mercaderías con destino a Bolivia y Perú, “países cuyas disensiones políticas continúan siendo fuertemente perjudiciales a las operaciones comerciales”<sup>23</sup>.

No es necesario detallar aquí la fuerte expansión comercial y financiera que Chile experimentó desde 1840 en adelante y, en particular, en la década de 1860. Surgió la autopercepción de ser los ingleses de América Latina y se sociabilizó la idea de que las instituciones funcionaban regularmente. Aunque sin grandes transformaciones sociales, liberalismo, crecimiento y progreso fueron conceptos que crearon sus propias imágenes en el sector dirigente del país y que se repitieron hacia abajo reproduciéndose en variadas formas, pero con un creciente sentimiento de identidad, especialmente a través de los sectores urbanos. ¿Qué pasaba contemporáneamente en Bolivia? Las crisis políticas y los ahogos económicos impedían avanzar más resueltamente en un proyecto de país. Por otra parte, estaba el Perú. Sobre ellos habían miradas externas, pero ellos mismos comenzaron a mirarse entre sí y a tejer sus conflictos desconociendo que formaban parte de un proceso mayor. Lo que sí sabemos es que los tres países llegaron a la dramática situación de 1879-1884 no sólo con realidades materiales diferentes, sino también con contenidos nacionales de diversa graduación y profundidad. La Guerra del Pacífico y sus consecuencias, incrementaron los propios sentimientos colectivos de cada uno de los países diferenciando

---

<sup>23</sup> British Library, *Accounts & Papers*, Vol. LXIV, Londres 1847, pp. 379-380.

aún más el carácter, las actitudes y las diferencias entre uno y otro. Así como la elite chilena se hizo más ostentosa y oligárquica, la elite peruana se vio inmersa en profundos cuestionamientos de sí misma y es posible pensar que la elite boliviana tuvo que empezar, nuevamente, a rehacer sus tiempos perdidos. Obviamente, estas situaciones llevaron a diversas actitudes de las respectivas elites que, lejos de repensar lo que efectivamente había pasado, traspasaron esas diversas actitudes a cada una de sus sociedades terminando de transformar los problemas particulares de esos grupos dirigentes en problemas nacionales: a la política de la desconfianza anterior, se unió ahora la nacionalización del conflicto.

El problema básico no es nuevo ni es único. La diferencia es cómo las situaciones se resuelven en el largo plazo y cómo los comportamientos y decisiones de un momento determinado se vuelven o no en estrategias y relaciones permanentes en el tiempo. A lo largo de la historia podemos observar la tendencia, gradualmente cada vez más fuerte en América Latina, de que las utilidades son del sector privado mientras que las pérdidas siempre terminan por colectivarse, y no sólo en términos económicos, sino también en un imaginario colectivo que toma como enemigos a quienes por naturaleza e intereses no lo son. No es el caso en este punto de introducirnos en una teoría del Estado y en ideas respectivas concernientes a la Nación, pero un solo ejemplo bastará para saber a qué me refero. En 1861, frente a los problemas y competencias entre Inglaterra y Francia por sus intereses en México, la moratoria declarada por éste último para el pago de dividendos de la deuda pública, fue aprovechada inmediatamente para tratar de intervenir con una costosa expedición gala. Frente a ello, en Londres, *The Economist* señalaba que:

Debiéramos estar muy sentidos si viéramos al Ejército inglés, la flota inglesa y los impuestos ingleses puestos a merced de cualquier capitalista inglés que al prestar dinero a una nación extranjera pudo escoger sus garantías <sup>24</sup>.

En el caso de los sectores dirigentes, la situación tuvo que ver fun-

---

<sup>24</sup> *The Economist*; 12 de octubre de 1861. Citado por E. Cavieres, *Comercio chileno y comerciantes ingleses, 1820-1880. Un ciclo de historia económica*. Edit. Universitaria, Santiago 1999 (2a edición), p. 47.

damentalmente con los vaivenes seguidos por los ciclos de oportunidades mercantiles y con coyunturas políticas favorables o desfavorables y con cuentas macroeconómicas igualmente de naturalezas circunstanciales. Más profundamente, por los significados que ello tiene, a nivel de las sociedades propiamente tales, es conveniente considerar el imaginario colectivo que se fue construyendo respecto a las diferencias entre unos y otros, lo que correspondió, igualmente, a unos procesos de largo tiempo en que se fueron traspasando, ideológicamente, fuertes actitudes de superioridad o resentimiento que no necesariamente respondieron a formaciones creadas por el propio consciente colectivo sino más bien se debieron a una reproducción, las más de las veces distorsionada, producida como reflejo de las incomodidades o de los problemas surgidos a nivel de los sectores dirigentes. Sin soslayar los efectos concretos de la Guerra del Pacífico, en realidad se trata de situaciones estructurales que ya, con la primera Guerra entre Chile y la Confederación Perú-boliviana se fueron traduciendo, internamente en cada país, en una especie de teoría de la mutua desconfianza. Independientemente de las respuestas y afirmaciones de esa situación dadas al interior de cada una de las sociedades, siempre podemos observar, además, la participación de un tercero en el conflicto.